

Holanda: una Iglesia progresista

LOS españoles en general hemos atendido en estos últimos años nada más que a lo espectacular, a lo que brilla externamente de modo escandaloso. Y este afán de impresiones puramente mecánicas y sin profundidad, que criticaba Ortega hace cincuenta años, está cansándonos.

En el caso del sacerdote Küng se ha buscado, por unos y por otros, sólo el efectismo, lo mismo que en el de la condena más o menos suavizada del padre Schillebeeckx. Y ahora ocurre lo mismo con el sorprendente Sínodo de obispos holandeses convocado por el Papa para buscar la unidad eclesial.

El Papa Wojtyła, con su desorientación por venir de un mundo polaco, tan distinto del occidental, quiere —como dice el obispo holandés monseñor Simonis— “reagrupar las fuerzas con el fin de que la Iglesia no esté atomizada como ahora”. Pero este obispo de los Países Bajos no es un integrista como el inconformista de ultraderecha monseñor Lefèbvre, ni siquiera un obediente conservador a las consignas romanas como monseñor Gijzen, porque lo que quiere es “una unidad de nuevo estilo”.

Incluso tan ultra como es para los holandeses el obispo Gijzen, no llega a montar —contra lo dicho a veces— un seminario como el integrista de Ecône: solamente quiere ceñirse a una interpretación conservadora del Vaticano II, pero no critica al Concilio como hace el francés monseñor Lefèbvre. Y, sin embargo, su pastoral contra los anticonceptivos, de hecho se parece más a nuestros obispos ultras combatiendo el divorcio civil, incluso como un mal menor, que a nuestros moderados prelados del ala avanzada española.

Holanda es también un país grandemente secularizado, pero esto no es totalmente negativo para el catolicismo. Porque si bien es verdad que ha descendido la práctica religiosa del 70 al 26 por 100, en la población católica que oye Misa los domingos, también es cierto que se ha despertado una gran responsabilidad en los laicos, porque unos 230.000 de ellos adoptaron una postura de responsabilidad activa en la vida de la Iglesia, cosa que antes no hacían. Y si los protestantes han disminuido, por ejemplo en Amsterdam, del 65 al 22 por 100, los católicos siguen estando en la misma proporción del 23 por 100 que antes. En lo que era ayer un país predominantemente protestante, hoy existen ya en él más católicos que seguidores de la religión de Lutero. Del mismo modo, la riada de secularizaciones sacerdotales ha disminuido espontáneamente. Y en las Facultades de Teología hay 1.100 estudiantes de los cuales salen sacerdotes y cooperadores parro-



Monseñor Simonis, obispo de Rotterdam.

quiales seculares (como esos 250 animadores pastorales laicos de las parroquias con funciones cuasi-sacerdotales).

También se deformaría la realidad holandesa si se creyese que las experiencias progresistas verdaderamente avanzadas son mayoritarias entre los católicos de aquel país. Las comunidades de base, que suelen llamarse “parroquias activas”, están compuestas sólo por 10.000 católicos en una población con 5.600.000 creyentes en la Iglesia.

En una palabra: las etiquetas son demasiado parciales para representar la compleja realidad religiosa de un país, y el avance del catolicismo holandés ni es tan extenso, ni tan acertado en todo como a veces se nos quiere hacer creer.

Porque el gran problema del momento cristiano en el mundo actual no está tanto en el avance o en el retroceso como en la vitalidad religiosa.

Yo —por ejemplo— he criticado sin desmayo nuestras soporíferas Misas nacional-católicas, pero no critico menos las decadentes y superficiales Misas posconciliares. Aquéllas, porque no las entendíamos con su latín arcano y su hieratismo demasado rígido. Y éstas, porque no nos dicen apenas nada, con su superficialidad y ausencia de gusto estético. Sinceramente, no podemos estar de acuerdo con este machaconeo a que nos someten hoy en las parroquias con sus cánticos horteras, faltos de

toda profundidad religiosa, ni con esa mezcla confusa de gestos anticuados y palabras modernas, que nada nos dicen actualmente porque aquéllos tienen al menos quince siglos de retraso.

No: no es por ahí por donde volvería a revivir lo religioso aquella gente que se va a pasos agigantados de la Iglesia. Yo pienso que la exigencia de absoluto en la vida —en lo que consiste la esencia de lo religioso, se llame a esto como se llame— no se consigue por medio de ensayos sin categoría, ni de apresuramientos entontecedores de la expresividad de unos ritos renovados de la religión.

Se dice a veces que lo de menos es la envoltura, y lo que más importa es lo de dentro. Pero lo que envuelve debe manifestar lo interior, y no ocultarlo o distraernos de su profundidad, como ahora ocurre casi siempre, se llamen las Misas de San Pío V o de San Pablo VI o del último inventor de técnicas tomadas de la vida superficial de un mundo como el actual, que tampoco nos gusta.

Muchas veces me pregunto: ¿por qué no acertamos los católicos con nuevas vías religiosas en doctrina, moral y liturgia? Y la contestación que me doy a mí mismo es doble: nos falta una sincera asimilación de la cultura que viene, la que la ciencia contemporánea empieza a descubrir como Einstein, Heisenberg o Jordan; y —al mismo tiempo— carecemos de profundidad religiosa.

A mí me interesan por eso muy poco aquellos curas que criticaron mis hijos en su colegio: lo mismo los formalistas de la doctrina legalista que no querían dialogar con ellos y con sus inquietudes, que los que humorísticamente les llamaban los alumnos “el cura torero”, porque creía éste —sin darse cuenta— que el Evangelio era la proyección de sus propios complejos psicológicos, y no un mensaje nuevo y elevador que hiciera superar nuestras pequeñeces individuales y sociales.

No: lo que los seculares queremos es menos hojarasca de ayer o de hoy, y más enjundia, más peso, más sentido religioso desprendido de aquellos esquemas que el clero cree que son de actualidad, y siempre están desfasados porque son demasiado superficiales y vienen a remolque.

Somos los católicos en general incapaces de captar la realidad profunda de los hechos y de las situaciones del mundo actual y de los hombres de hoy, y por eso no vemos sus carencias verdaderas, y no sabemos proporcionar aquello que sería un apoyo para la creación de un mundo nuevo: más profundidad, más apertura, más elevación, más creatividad y mayor desprendimiento. ■